La guerra españo

AL relacionar guerra y novela, casi parece inevitable caer en el fácil tópico de decir que pocos temas existen tan densos novelísticamente, y hasta tan capaces de revelar la oriundez épica de un género literario.

La novela de guerra ha pasado a ser en nuestros días una definida y muy concreta modalidad literaria, que incluso cuenta ya con sus clásicos —muy discutibles a veces—, desde el énfasis sensiblero de la baronesa de Suttner a la superior calidad literaria de los Remarque, Dorgeles, Barbusse, Duhamel, etc.

Y, sin embargo, novelescamente considerada, es decir, desde el punto de vista de su pureza, como tal género literario, la novela de guerra presenta una importante quiebra. Y ésta se su tendencia al reportaje, al documental próximo a caer ya fuera de las fronteras —tan imprecisas— de lo que por novela debe entenderse.

Tal creo que, en general, es el caso de las novelas españolas basadas en hechos y ambientes de nuestra guerra (¹).

Lo dramático del conflicto, sus especiales características, explican la huella que nuestra contienda ha *dejado en la novelística universal*: Hemingway, Malraux, Bernanos, Ilya Ehrenburg, etc.

Los ejemplos españoles adolecen del defecto antes señalado. Más que novelas suelen ser reportajes, memorias de combatiente o de perseguido en la zona roja, en las que se ha disuelto una mínima dosis de imaginación novelesca. Aun así, el lector español se siente atraído por esas obras cuyo tema tan de cerca le afecta. Yo diría que su interés y su emoción radican en cualidades extranovelescas.

Y con esto no quisiera caer en la esteticista acusación de juzgar que la novela de guerra, así concebida, es un género impuro. Tal vez resulta conveniente, y casi inevitable, que lo sea. De impureza estética adolece *Sin novedad en el frente*, y nadie se atrevería a negar su gran importancia, incluso a través de las reacciones y réplicas a que ha dado lugar.

Situarse en la vertiente opuesta a la remarquiana y cantar la grandeza de un conflicto bélico podrá pecar contra la estética o ir contra los aceptados perfiles de un género literario, pero es un gesto tan sencillamente humano, que exige una crítica muy humana también, desarmada, literariamente —sin prejuicios de vieja preceptiva —y agudizada emocionalmente.

En el breve recuerdo y comentario de novelas españolas de guerra que ahora ofrezco he tenido que prescindir, por desconocimiento, de las escritas en la zona roja durante la contienda y de las que, acabada ésta, han podido aparecer fuera de España, escritas por españoles exilados.

De las calificables de novelas con temas de preguerra cabría recordar *Eugenio o Proclamación de la Primavera* y *Plaza del Castillo*, ambas de Rafael García Serrano; *El puente*, de J. Antonio Giménez Arnáu, y *Madrid, de Corte a checa*, de Agustín de Foxá.

Sólo la primera puede considerarse estrictamente como de preguerra. En *Plaza del Castillo* se describe ya la marcha al frente de los voluntarios navarros en los días 18 y 19 de julio de 1936.

En *El puente* recogió Giménez Arnáu el esfuerzo de una generación en la etapa prebélica y en las posteriores, reflejando incluso su situación, actitud y problemas una vez acabado el conflicto.

El conde de Foxá, en las tres partes de su excelente relato —*Flores de lis, Himno de Riego, Hoz y martillo*—, supo apresar, a través de las sencillas, pero intensas peripecias de unos cuantos personajes-ejes, el cambiante perfil del Madrid monárquico, republicano y comunista. Los seres de ficción conviven con los reales sobre un fondo siempre muy precisa y eficazmente evocado. Foxá maneja —en un lenguaje ágil, muy rico metafóricamente y muy novelesco— ironía, dramatismo y ternura con igual arte, adecuando inteligentemente su estilo narrativo a los diferentes momentos históricos —cada cual con su exacto color y decorado—, reflejados en las tres partes de la obra. En la primera predomina la evocación tierna y cuidadísima, sustituída luego por una afilada y espléndida ironía, y, al fin, por un estilo directo y violento, capaz de transmitir al lector todo el horror del Madrid rojo.

Prometió Foxá un tomo segundo, *Salamanca, cuartel general*, de la que había de ser nueva serie de *Episodios Nacionales*, reducida, por ahora, a un único primer volumen. Con él consiguió su autor una de las mejores obras sobre nuestra guerra. Lo novelesco es en ella débil, pero, dada la arquitectura del relato, resulta lo suficientemente vivo como para animar un conjunto en donde el dato documental ha sido transformado artísticamente.

Por su tema, y también por su calidad, puede recordarse, junto a la obra de Foxá, *Una isla en el Mar Rojo*, de Wenceslao Fernández Flórez, impresionante visión del Madrid comunista desde el refugio de una Embajada extranjera. Tampoco la contextura, propiamente novelesca, es muy densa, como el mismo autor explica en la introducción del libro, al no saber si clasificarlo como novela, memorias o historia. Reconoce la existencia de un hilo irreal, enlazador de los sucesos, y de una armadura artificiosa, capaz de soportarlos. Pese a todo, *Una isla en el Mar Rojo* es un buen ejemplo de lo que el oficio puede conseguir, unido a la emoción. Fernández Flórez, con una larga experiencia novelística, supo, en esta obra, superar lo documental o autobiográfico, para llegar a lo auténticamente novelesco.

Por el contrario, el *Madridgrado*, de Francisco Camba, poco o nada tiene ya de novela, y el mismo autor lo subtitula *Documental Film*. Unicamente cabría considerar aquí el novelesco motivo de la monja exclaustrada, que durante la dominación roja ha de hacer vida de mujer normal, llegando a suscitar el tierno amor de un hombre.

El mismo tono documental de *Madridgrado* tiene *Checas de Madrid*, de Tomás Borrás, conjunto de relatos breves, con un denominador común de horror, eficazmente expresado.

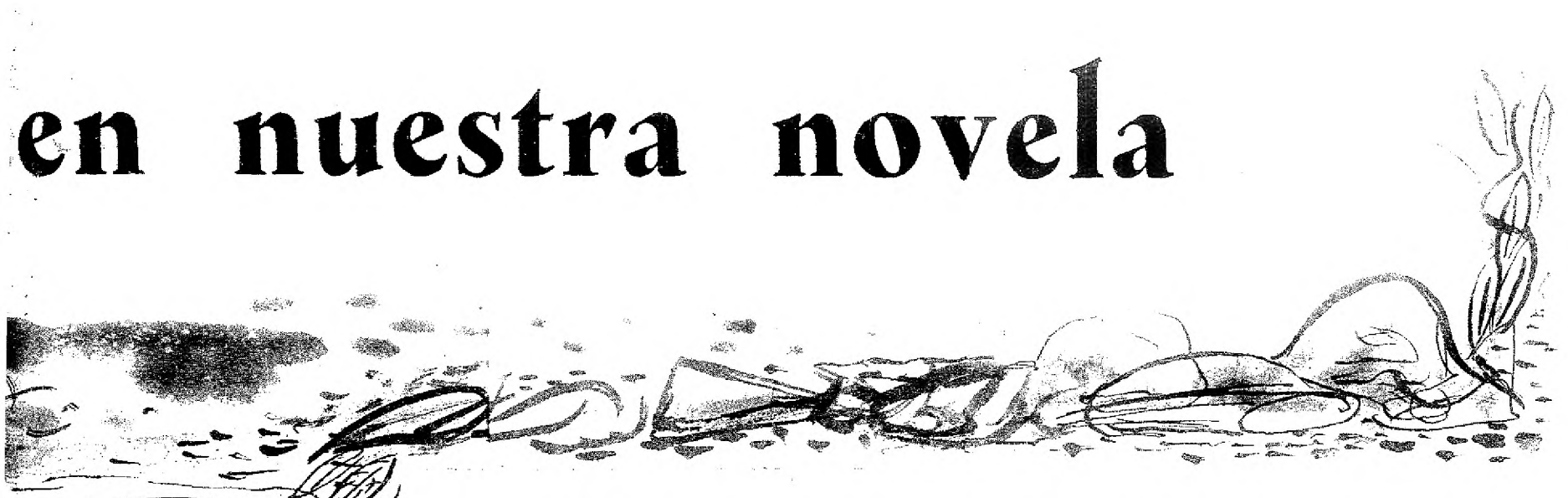
Si de las novelas de atormentada retaguardia pasamos a las que tienen como tema la guerra en los frentes, sería fácil encontrar otro denominador común. Donde en los relatos de la zona roja hay horror, hay en estos otros encendimiento bélico, exaltación heroica, antirremarquismo. A veces éste es tan explícito como en *Se ha ocupado el kilómetro 6*, que su autor, Cecilio Benítez de Castro, subtituló *Contestación a Remarque*.

A la unilateralidad del escritor alemán, que le llevó a sólo describir lo que de repugnante, miserable y triste hay en la guerra, Benítez de Castro opone otra unilateral visión, depuradora de todas esas miserias, no esquivadas, en cambio, por otros narradores, como Rafael García Serrano en *La fiel Infantería*.

También esta novela, aunque no lleve subtítulo, revela un evidente antirremarquismo. Nada más expresivo que el siguiente pasaje:

"Mario y yo acabamos también allí de leer un ejemplar de *Sin novedad en el frente*. Sus páginas, luego de leídas, nos servían para los más ínfimos me-

en nuestra novela



nesteres: las usábamos con frecuencia, debido a las aguas de la roca, las conservas y el calor."

Si Foxá y Fernández Flórez consiguieron las mejores novelas de la retaguardia roja, García Serrano logró el mejor relato del frente. Y esto no sólo por la calidad literaria de su prosa, sino también por el tono encendido que vibra página tras página; por el aliento poético y por la fidelidad ideológica y expresiva a una generación que siempre verá en esta obra algo más que sola literatura.

García Serrano empleó en *La fiel Infantería* una arquitectura deliberadamente desordenada y anárquica, pero muy eficaz desde el punto de vista que podríamos llamar de captación de los más humanos y dramáticos aspectos de nuestra guerra: la salida de los voluntarios de la ciudad hacia el frente —tema luego repetido, espléndidamente, en *Plaza del Castillo*—, los permisos en la retaguardia, la primera entrada en fuego de los jóvenes combatientes, ciertas escapadas al vivir prebélico de éstos, el ambiente de la Academia de Avila, forjadora de alféreces provisionales; el dolor del que muere en el hospital vencido, no por el enemigo, sino por la enfermedad... Con varios personajes, narrando unas veces en primera persona y otras objetivamente, García Serrano logró un libro al que podrán buscársele defectos de construcción y hasta cierta retórica, pero que por su sinceridad, por su violencia juvenil, ha de figurar siempre entre nuestra más viva literatura de guerra.

Creo, sin embargo, que Rafael García Serrano, muy recientemente, ha mejorado *La fiel Infantería* con *Plaza del Castillo*, que yo me atrevería a considerar como la mejor noveal de este gran escritor, y aun como la mejor novela de este gran escritor, y aun en España se han publicado sobre nuestra guerra.

Plaza del Castillo es un relato de preguerra en la Pamplona de 1936, dividido en catorce capítulos, a capítulo por día, desde el 6 al 19 de julio. Con el crepitante fondo de las fiestas de San Fermín, la plaza del Castillo —cantada por García Serrano con enorme fervor navarro; el del Menéndez de su obra—, como escenario-eje de la acción, y un conjunto de personajes, humana y diestramente movidos, García Serrano ha conseguido un relato lleno de emoción y de gracia narrativa. Sobre varios destinos humanos —una variada galería de criaturas novelescas— pasa la fecha del 18 de julio, decisiva en la historia nacional y decisiva también en la personal historia de esos seres.

Plaza del Castillo es una novela muy española, tremendamente española, escrita en la mejor y más depurada prosa de García Serrano. Un García Serrano que ha revelado, de una vez para siempre, su antes discutida capacidad para crear mundos novelescos, para interesar al lector, no ya por lo que de documental —apasionadamente documental— puede haber en sus libros, sino también por la exclusiva calidad novelesca, por la intensidad de una acción y el atractivo humano de los seres que la viven. El lenguaje del escritor sigue ofreciendo esa misma mezcla de humor, poesía y desgarro que pudo ya percibirse en sus anteriores obras. Hay un acento impresionante hispánico en todo cuanto se narra y en todo lo que los personajes dicen, ya sea de tono polémico, lírico o interjectivo.

Con un motivo argumental débil, la participación de Navarra en el Alzamiento Nacional, García Serrano nos ha dado el más original de los relatos españoles de guerra. Ya no es el quehacer bélico del frente o el mundo atormentado de la zona roja el que aquí se describe, sino un mundo provinciano, caracterizado siempre por la nota jubilosa y esperanzada, por la alegría cristiana y el fuerte sentimiento nacional. García Serrano ha escrito una auténtica novela, que sobre sus virtudes españolas presenta otras de tipo técnico, estrictamente literario.

Me refiero a esa peculiaridad —tan de nuestro tiempo, por más que ya en la novelística del siglo XIX puedan buscarse ejemplos semejantes— que *Plaza del Castillo* ofrece: la de ser el suyo un protagonista colectivo más que un conjunto de protagonistas aislados. El propósito del autor —revelado en el título y arquitectura de la obra— de contraer la acción en una plaza de Pamplona, define bien la técnica empleada, próxima, en otro plano, a la que con tan extraordinario talento acaba de manejar Cela en *La colmena*. El mundo novelesco de García Serrano es más apretado y limitado que el de Cela, como también limitado es el marco temporal en el que ese mundo se mueve. Precisamente el último resorte de esta novela, el que provoca una cada vez más agudizada tensión dramática, es el fluir del tiempo, capaz de alterar el sesgo de tantas vidas. Nada más bello que el final, en el que Don Inocencio, el sacerdote, camino del frente con los voluntarios navarros, reza por tantos seres y por tantas cosas, por todos los personajes que hemos conocido en el relato, por amigos y enemigos, porque todo pueda renovarse en España.

García Serrano cubre así una nueva e importante etapa en su quehacer literario, dedicado siempre —con fidelidad de soldado, de infante— a la mejor España, la de los tercios de Flandes, la de los conquistadores extremeños o la de este mundo, tan sin rencor, tan ejemplarmente humano, de *Plaza del Castillo*.

Tras *La fiel Infantería* puede que el más logrado y duro relato del frente sea *Legión 1936*, de Pedro García Suárez, junto al que cabe recordar otros, más olvidados hoy: *IV Grupo del 75-27*, de José Vicente Torrente; *Aquellas banderas de Aragón*, de José Pablo Muñoz; *Pepe Campos*, de Guillermo Barba Caminero, etc.

Una nueva orientación en la manera de tratar el tema de la guerra la representa la novela de Mercedes Fórmica, *Monte de Sancha*, en donde el ambiente de la Málaga roja sirve de fondo a una historia de amor entre personajes de ideologías opuestas. Aunque por el tema se acerque este relato a obras del tipo de *Los que vivimos*, de Ayn Rand, el gusto por ciertos motivos duros, la técnica empleada, hacen casi pensar en un intento de aproximación a cierto sector de la actual novela norteamericana.

Y finalmente cabría recordar lo que José María Gironella, el afortunado autor de *Un hombre* y *La marea*, anunció en una entrevista publicada en *Les nouvelles littéraires*. Refiriéndose Gironella a las novelas francesas sobre nuestra guerra, como *Les grands cimitières sous la lune*, de Bernanos, aludió a su propósito de escribir un relato sobre ese tema, con el que los lectores del país vecino —entre los que tanto éxito ha obtenido la traducción de *La marea*— pudieran obtener una visión más justa y exacta de la contienda española.

El tema está ahí, abierto a cuantos novelistas españoles sepan acercarse a él con pulso seguro y, a la vez, con emoción. Con la emoción inevitable que da lo que ya es, para siempre, algo más que un simple tema literario.

MARIANO BAQUERO GOYANES

(1) Vid. sobre este tema dos estudios de J. A. Fernández Cañedo: *La novela en la guerra española* (*Arbor*, 1949) y *La joven novela española* (1936-1947) (*Revista de la Universidad de Oviedo, Facultad de Filosofía y Letras*, 1948).